

Entrevista a la Dra. Fernanda Monasterio Cobelo (1920-2006)*

*Alejandro Dagfal***

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Esta entrevista gira en torno de tres etapas de la vida de Fernanda Monasterio Cobelo. En primer lugar, da cuenta de su formación médica y psicológica en Madrid, en los años '40, con figuras como Maraión, Germain y Mallart. En segundo lugar, muestra la importancia de su recorrido profesional y académico en distintas ciudades de América (Cochabamba, Mendoza, Bahía Blanca), antes de llegar a La Plata, donde, en 1958, sería co-fundadora y directora de una de las primeras carreras de psicología creadas en la Argentina. Finalmente, se recapitulan muy brevemente las actividades desarrolladas por Monasterio luego de su regreso a Madrid, a mediados de los años '60.

Palabras clave: Fernanda Monasterio Cobelo, Historia de la Psicología, España, Argentina.

Abstract

This interview deals with three stages in the life of Fernanda Monasterio Cobelo. In the first place, it illustrates her medical and psychological training in Madrid, in the 1940s, with figures such as Maraión, Germain and Mallart. In the second place, it shows the importance of her academic and professional path in different South-American cities (Cochabamba, Mendoza, Bahía Blanca), before her arrival in La Plata, where she would be co-founder and head of one of the first psychology programs created in Argentina. Finally, the activities developed by Monasterio after her return to Spain, in the mid-sixties, are summed up very briefly.

Keywords: Fernanda Monasterio Cobelo, History of Psychology, Spain, Argentina.

* Cofundadora de la carrera de psicología de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

** El autor es Dr. en Historia (París VII) y Lic. en Psicología (UNLP). Actualmente es profesor de Historia de la Psicología (UBA) e investigador (CONICET). Mail de contacto: <adagfal@club-internet.fr>.

Oriunda de Galicia, Fernanda Monasterio se formó como médica en Madrid, en la Universidad Central, donde llegó a ser discípula y colaboradora de Gregorio Marañón. También se formó en psicología general con José Germain (en el Instituto Nacional de Psicología y Psicotecnia) y en orientación profesional, con José Mallart. En 1952 dejó la España de Franco y emigró a América del Sur, por razones económicas y culturales antes que políticas. Antes de llegar a La Plata, había pasado primero por Bolivia, donde dictó un curso de Fisiología, en la Universidad de Cochabamba. Estuvo luego en la provincia de Mendoza, donde dirigió el Instituto de Biología de la Universidad de Cuyo, hasta 1955, y finalmente recaló en Bahía Blanca, donde obtuvo una cátedra de Psicología General, en la Universidad del Sur, que acababa de crearse en 1956.

Ese mismo año fue convocada a la Universidad Nacional de La Plata por el célebre educador Alfredo Calcagno, con el fin de dirigir el Instituto de Psicología y de dictar la materia Psicología de la Infancia y de la Adolescencia, perteneciente al Departamento de Ciencias de la Educación. Un año después, junto con Calcagno, redactó el proyecto de creación de una licenciatura en psicología, que sería inaugurada en 1958. Monasterio, con apenas 38 años, fue la primera directora de esa carrera, además de la responsable de la asignatura Biología Humana. Durante su estancia en esa ciudad sería la principal organizadora institucional y académica de los estudios de psicología, tratando de dar nueva vida al proyecto de una psicología científica de corte experimental, cuyo legado había recibido de Calcagno, pero que se remontaba a principios del siglo XX, siguiendo una tradición inaugurada por Víctor Mercante.

Esta entrevista se realizó el 5 de septiembre de 1997, en el piso en el que vivía y trabajaba la Dra. Monasterio, en las afueras de Madrid, a los 77 años. Tuvo lugar en el mismo escritorio en el que atendía diariamente a sus pacientes. De cabello corto y canoso y ojos de color azul, impresionaba por la firmeza de su carácter. Accedió a la charla (que iba a durar casi cuatro horas) con mucho entusiasmo, no sin antes preguntar con cierta desconfianza por el objeto de la entrevista, que sin embargo se le había aclarado por escrito con varios meses de anticipación.

Me gustaría que me contara cómo fue su propia formación en España.

Ya hablaremos de eso luego; lo ponemos aparte. Primero, querría hacer algunas aclaraciones, porque, por ejemplo, hay un error en un artículo que ha escrito Mirta Videla —que ya le he dicho que lo corrija.¹ Ella me pone con el grupo de los exiliados políticos, y yo no tengo nada que ver con el exilio político. Nada. Eso lo escribió ella,

1. Probablemente se refiere a un artículo aparecido en 1992 en la revista *Canelobre*: Los caminos del exilio y desexilio cultural, 23/24, 232-239.

en un alarde de entusiasmo cariñoso. Pero es más que una errata, es un error grave, porque me marca con una filiación política que no tengo –ni tenía. Se confunde ella, y no tiene nada que ver. Los exiliados antifranquistas, que eran una serie de personas veinte o treinta años mayores que yo, se fueron desde el principio de la guerra civil, durante la guerra y la inmediata posguerra. De los cuales, relacionados con la carrera de psicología, hay varios.² Pero justamente yo no tengo nada que ver con estas personas que me llevan una generación. Yo no soy una exiliada, ni soy política. Me han metido en algo que me interesa muchísimo que se aclare y se corrija, porque es una errata grave, porque puede tener repercusiones y tergiversar situaciones.

Yo soy una persona apolítica, radicalmente apolítica. He sido una persona muy libre y muy independiente. Desde siempre fui una niña rebelde que, cuando en España las mujeres no estudiaban ni siquiera el primario, yo hice una carrera y me formé con varios profesores, porque quise tener una actividad profesional (cuando las mujeres de mi generación no tenían ninguna, ni como médico, ni como psicólogo, ni nada). Yo ya trabajé en psicología antes de irme a América, porque yo vengo de Gregorio Marañón, pero también de José Germain y de José Mallart. Usted los habrá oído nombrar: son los padres de la psicología española.³ Algunos estuvieron muy molestos aquí, porque la psicología no fue franquista. César de Madariaga y Mercedes Rodrigo, esos sí fueron exiliados, pero me llevan a mí treinta años. Se fueron en el '36 y en el '39, y yo fui por primera vez a América en el '51 (para el '52). Sin tener nada que ver con la guerra ni con la política.

¿Y qué la movió a ir a América?

Bueno, varias razones. Una, que estaban mis padres, y otra, que en España no existía... Yo había estudiado medicina, medicina interna, endocrinología, neurología neurofisiología y psicología, hasta el punto tope que se podía estudiar en España y ejercer. Porque todos los psicólogos españoles importantes estaban exiliados, o se habían ido por su cuenta, como Francisco del Olmo (personaje muy importante), o Emilio Mira y López (personaje decisivo), que luego llevé a La Plata, e incluso llegó a dar un curso. Bueno, pues esta gente eran los que hacían la psicología aquí. Antonio Melián, Mallart, Germain, pero todos estaban «depurados», es decir, fuera de la actividad de la universidad de Franco de la posguerra. Y entonces aquí, en la universidad, estaban el Padre Juan Zaragüeta, el Padre Manuel Úbeda y sus hijos espirituales: José

2. Ver Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires. Paidós.

3. Esta concepción de los orígenes de la psicología española parece un tanto simplista, en la medida en que sólo se refiere a lo que Monasterio entendía como «psicología científica». Ver nota 5.

Luis Pinillos, Mariano Yela, Francisco Secadas, Miguel Siguán, que venían casi todos de carreras de filosofía y letras. Porque no había entonces carrera de psicología.

Nosotros somos los padres de las primeras carreras de psicología. Veníamos de la filosofía, la medicina y la pedagogía. De ahí salió la psicología; porque de algún lado tenía que salir: si no había psicólogos, no podía haber generación espontánea. Y entonces apareció a partir de gente de la psiquiatría (de la escuela de Gonzalo Rodríguez Lafora, José Miguel Sacristán), de los *Archivos de Neurobiología*, de los institutos de orientación profesional, de reorientación de inválidos. Aquí, la orientación profesional y la psicología del trabajo estaban muy desarrolladas, y yo quise llevarlas a la Argentina y no pude. Es la rama que no se pudo armar. No había gente. Fue una de las carencias. No había antecedentes ni había interés, porque no había conocimiento de la psicología del trabajo, ni aplicada ni teórica.⁴ Si bien es una disciplina aplicada, tiene una enorme base teórica que empieza con la orientación escolar. La preorientación, la orientación, la selección; de todo eso ya había antecedentes en Europa. Lo que no había es carreras de psicología.

Cuénteme un poco de su formación con Maraión.

Maraión fue un señor clave como figura en la intelectualidad de España, porque era un genio. Era historiador y ensayista, además de ser el mejor endocrinólogo que hemos tenido. Era un médico internista de una personalidad muy brillante. Influyó en mí porque era un maestro y no sólo adecuado para algunos, sino maestro indiscutible-, a partir de su categoría intelectual. Ese es un defecto que yo veo ahora: la muy poca categoría intelectual de las carreras de psicología, que quieren en seguida aplicarse para ejercer (hacer clínica psicoanalítica, o pedagogía aplicada o diferenciada), sin base intelectual. Maraión aquí representó la base intelectual no sólo de la medicina, sino de todo el humanismo activo. Mi formación didáctica y académica la hice con Maraión. Yo he sido ayudante de su cátedra y también adjunta. Estuve con él desde que volvió de su exilio en el año '40, hasta que me fui a América. Fue mi maestro en el sentido doctrinal y en el sentido real y explícito de que fue la persona con la cual aprendí a dar clase, aprendí a hablar, aprendí a organizarme los temas y a organizar el

4. Esta apreciación es curiosa, en la medida en que a partir de fines de los años '40, los mayores desarrollos de la psicología en la Argentina se habían dado por la vía de la orientación profesional. Ver Klappenbach, H. (1995). Antecedentes de la carrera de psicología en universidades argentinas. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 40(3), 237-243; Klappenbach, H. (2002). Benjamín Aybar y el desarrollo de la psicotecnia y la orientación profesional. *Epistemología e Historia de la Ciencia*, 8 (8), 183-189; Dagfal, A. (2008). Orientación profesional y psicotecnia en la Argentina peronista (1943-1955). *Revista de Psicología General y Aplicada*, 61(3), 313-330.

pensamiento. Yo lo que veo ahora es que todo es muy chato, muy ramplón y sin trascendencia. Pero la carrera de psicología de La Plata vino por una serie de confluencias, que incluían unas personas y un ambiente...

Disculpe que la interrumpa, pero antes de llegar a eso me interesaría que me contara un poco más de su propia formación.

Aquí tengo, en una publicación de la *Revista de Psicología General y Aplicada*, la historia de la psicología española, que es la historia de Germain. Eso es algo indispensable, porque todos venimos de Germain mucho más que de Marañón porque Marañón, al final, era un médico endocrinólogo, y Germain era psicólogo (experimental, aplicado y puro), psiquiatra y creador de centros de psicología-. Todos venimos de él: los que lo reconocemos y los que no.⁵

¿Cómo fue para Ud. el pasaje de la medicina a la psicología?

Es que yo no soy un médico. Soy mucho más y mucho menos que un médico. Más bien yo me considero una antropóloga (la palabra «humanista» es muy pretenciosa, y parece vanidosa); más que psicóloga, psiquiatra o pedagoga. Soy una antropóloga a la que le interesa el hombre, pero vivo. La antropología física de los paleontólogos es muy bonita –y ahora están haciendo grandes descubrimientos, como que el hombre no viene del cuaternario, sino que el homínido viene del terciario. Todo eso es fascinante, pero a mí no me interesan los cadáveres ni los huesos, aunque yo aquí tengo mi propio museo [Se levanta por unos momentos de su escritorio y me muestra una gran colección de fósiles recogidos en la Patagonia y en diversas partes del territorio argentino]. Entonces, son muchas cosas que confluyen. Yo tengo intereses culturales múltiples, pero mi interés real es por el hombre vivo. En relación con eso, una parte enorme corresponde a la psicología, pero lo biológico y lo orgánico son tan o más importantes.

Uno de mis temas de trabajo es la maduración, sobre la cual hice una investigación y una tesis. Sobre desarrollo y maduración (físicos y psicológicos, que son simultáneos). Al final, es el desarrollo de la personalidad, ya que es lo mismo el desarrollo de los genitales que el desarrollo de la percepción, o el desarrollo de la espacialidad, o la motricidad, o el de la cognición o el de los dientes. Están unidos: son gradientes que confluyen y van simultáneos.

5. Esta afirmación tan taxativa de Monasterio seguramente no sería compartida por muchos de sus contemporáneos, que reconocían orígenes diversos en los inicios de su formación psicológica.

Entonces esto tenía una importancia teórica muy grande, porque eran mis propias inquietudes que luego trasladé a la carrera. Yo quería hacer algo aplicado, pero que al final fuera de ayuda para la persona que está aquí delante, o para la que está en su casa retorciéndose de angustia; pero una persona real, que tiene un nombre, no teórica. Una psicología para el hombre vivo. Entonces, la formación de un experto para entender al hombre vivo tiene que ser una formación amplia y múltiple, que es lo que se quiso dar en el primer año del programa de la carrera de psicología de La Plata.

Ud. me contaba que había estado en la cátedra de Marañón, y que luego estuvo con Germain en el Instituto...

No. Fue a la vez. Yo todo lo he hecho a la vez. Una frase mía es que no hay o... o... (u orgánico o funcional, por ejemplo). Todo es y... y... No hay disyunción sino conjunción. No hay disyuntiva, ni siquiera enfoque bifronte. Lo tienes que ver por los dos lados a la vez. Un psicólogo, para llegar a ser psicólogo, tiene que llegar a ver a la vez las dos caras de la luna. «Ah, pero sólo se ve esta». Pues tendrá que ver también la otra, y si no es capaz de hacer un sistema de proyección para ver la otra cara, nunca llegará a ser psicólogo. Por eso la mayoría son tan malos y no entienden nada de qué va el ser humano. Porque no tienen la capacidad de deducir, de inferir, de captar y de armar la otra cara de una luna que se está moviendo (y nosotros también nos estamos moviendo).

Yo me puse a estudiar medicina y psicología a la vez. Como no había carrera de psicología, yo no podía estudiar directamente psicología. Pero sí había un instituto de psicología que quedaba de antes del franquismo y de la república, de la época de la monarquía. Eran los institutos de psicotecnia, que venían de la orientación profesional. En esos institutos es donde se empezó a hacer aquí la psicología aplicada –porque no podía ser pura–, psicología de los tests, de las entrevistas, de la selección profesional, de las aptitudes, de los perfiles, de los baremos. Y entonces empecé a hacer eso y neurofisiología (con el Dr. Melián), Orientación profesional (con el Sr. Mallart, maestro mío también, que acaba de morir con cerca de cien años) y psicometría y psicología general (que fue lo que estudié con Germain). Pero las carreras de psicología se fundaron aquí mucho después, cerca del año '75, y yo le estoy hablando a Ud. de los años '49 y '50, antes de irme a América.⁶

6. No se entiende la alusión al año 1975. Las primeras licenciaturas en psicología se crearon en España en 1968 (primero en la Universidad Autónoma de Madrid y luego en la Universidad de Barcelona), dentro de facultades de Filosofía y Letras. Las primeras escuelas de posgrado se habían creado en esas mismas universidades en 1953 y 1964, respectivamente. Ver Siguán, M. (1978). Enseñanza

La guerra civil terminó en el '39, y yo terminé de estudiar medicina dos años después, pero ya estaba trabajando en psicología aplicada. La psicología y la medicina no las he separado nunca, ni en mi formación ni en mi ejercicio, ni en la teoría ni en la práctica, porque es una concepción del hombre que implica el abordaje del hombre vivo. Se le puede llamar fisiología (una asignatura de la Facultad de Medicina, que yo puse en la carrera de psicología de La Plata), y eso se estudia haciendo experimentos en el laboratorio.

Soy una persona de influencias múltiples, porque tengo una personalidad muy polifacética; pero no soy dispersa, hay una unidad: el ser humano vivo. Porque a mí las autopsias no me interesan nada. El ángulo facial es muy interesante, si el hombre es o no dolicocefalo también, pero yo quiero ver el cráneo ese con pelos y hablando. Yo soy una persona que lee como una ametralladora. Me paso cuatro horas por día leyendo desde hace sesenta y cinco años. Leo de todo lo que hace a lo mío, a la cultura y el conocimiento del hombre vivo. Hay una cosa que yo tengo, que no he tenido tiempo de organizar, que son fotos. Aunque tengo una preclasificación, no sabe lo que fue la bomba de la ETA que pusieron en este edificio... ¡Qué horror! Si usted supiera los miles de cosas que tengo aquí. Éste es un piso de cuatrocientos cincuenta metros cuadrados, donde tengo diez mil libros y otras tantas carpetas. Cosas de la actividad de toda una vida. Cosas de mi infancia en Galicia, de todas mis carreras porque he hecho otras. ¿Sabía Ud. que yo soy capitana de yate? Bueno, pero esto no hace a lo que estamos hablando

Cuénteme cómo llegó a Bolivia, a Cochabamba.

Ah, bueno, fue una cosa episódica y además muy interesante. Yo llegué a América por primera vez el día en que se murió Eva Perón. Había una cola impresionante en la Plaza Congreso, que corría por toda la Avenida de Mayo, para ver el cadáver de Evita. Llegué allí porque estaba mi padre, que era profesor de matemáticas, que había perdido la carrera en la guerra. Luego de estar en México algunos años, haciendo lo que podía, recaló en Buenos Aires, donde tenía algunos amigos. Entonces yo, en ese momento, estaba viendo en qué podría trabajar, si tendría que revalidar para ejercer la profesión de médico. Me encontré allí con Juan Cuatrecasas y con otras personas. En ese momento, Augusto Pi y Suñer, que era neurofisiólogo, estaba en la Universidad de Cochabamba contratado, y lo trasladaron a Panamá, por lo que quedó una vacante. Necesitaban un neurofisiólogo y un psicofisiólogo, y me preguntaron si quería ir. Y

universitaria de la psicología en España. Notas para su historia. *Anuario de Psicología*, 198, 125-137. Ver también Carpintero, H. (2004). Medio siglo de la psicología en España - 1950-2000. *Revista Interamericana de Psicología/Interamerican Journal of Psychology*, 38(2), 343-350.

fui, y estuve dos años. Me gustó muchísimo el país, pero era invivible. ¡Había un grado de anarquía y de suciedad que, viniendo de Europa, todo lo que se diga es poco!

Es el país más bonito en el que he estado: no hacía ni frío ni calor, todo el año el clima era agradable, con paisajes impresionantes y nieves eternas (porque hago yo también montañismo). La montaña –cosa que no había en La Plata– es un factor muy importante para mí. Allí fue algo que eché mucho de menos. Sí había en Mendoza, donde fui al Aconcagua y estuve con la gente que hacía andinismo. Pues llegué a Cochabamba y me contrataron. Me pidieron que les diseñara un programa de conferencias que les pudiera interesar a los estudiantes de medicina, y a los que estaban haciendo el doctorado. Así estuve dos años, haciendo neurofisiología. Además, hice biotipología, porque había muchos indígenas que iban allí, al hospital. Un hospital que no tenía puertas. Entraban perros, mendigos, vendedores, parientes. Era un caos, pero sin embargo, como experiencia, fue preciosa. Pasé dos años muy deslumbrada por el altiplano, por la luz, por la gente, por los indios (aymaras y quichuas). Pero claro, todos los días había revoluciones y tiros y muertos en la calle. Una cosa horrible... Y me volví a Buenos Aires. Entonces, en ese momento, me contrataron de Mendoza.

Ud. era muy joven, tenía cerca de treinta y dos años, ¿no?

Sí, era muy joven. Ahí en Mendoza sí empecé a hacer algo de psicología, antropología y psicofisiología, porque ahí también fui a sustituir a otro, que era Horacio Rimoldi. Rimoldi se había ido a Estados Unidos, a la Loyola University. Allí en Mendoza había dejado un centro equipado para la psicología experimental. En esa época se utilizaba la biotipología, concepto que hicieron famosos los italianos (Viola, Pende y todos esos), pero que hoy ha pasado de moda. Estuve allí tres años, hasta que me echaron. Porque yo llegué y me hicieron firmar «absoluta prescindencia en toda actividad política» (yo todavía no era argentina, aunque luego me nacionalicé, con mucho cariño). Acepté encantada, porque siempre fui apolítica.

Hasta que, un buen día, me encuentro un sobre, por el que me llaman del decanato y me mandan una hoja verde, de afiliación al Partido Peronista. Y dije «No, si tengo este otro papel que dice absoluta prescindencia de toda actividad política». Pues allí había húngaros exiliados por la Segunda Guerra Mundial, y había personas que eran de varios países de Europa, que estaban allí contratados y se tuvieron que hacer peronistas. Fue horrible de humillante. Entonces, a las cuarenta y ocho horas, me llegó otra carta diciendo que se había suprimido mi cargo en la Universidad, sin compensación económica. Así que fui, tomé mis papeles y me marché. Yo era profesor *full-time*, y tenía mi casa que mantener y mis libros, por lo que me puse a trabajar en la clínica neurológica de un amigo, allí en Mendoza, y al poco tiempo (creo que fueron dos meses) cae Perón. Mis padres, que estaban en Buenos Aires, me dijeron que volviera, pero justo en ese mo-

mento se crea la Universidad del Sur, y se llama a concurso para la cátedra de Psicología General. Mandé el currículum, y me la dieron inmediatamente.

Entonces, de Mendoza me fui a Bahía Blanca, y le aseguro que fue una experiencia docente preciosa, porque todos eran inocentes como ángeles: no sabían nada de nada. Entonces empezamos a hablar del hombre, de la vida, de la psicología, de la antropología y de la relación con las ciencias humanas y todavía hay gente que me viene a ver (¡después de cuarenta y cinco años!) de Bahía Blanca. Porque yo, en la clase hacía la clase, pero cuando terminábamos la clase nos íbamos todos a tomar algo, al parque, y a seguir hablando y a continuar la amistad. Aquello era como un *campus*. A veces nos íbamos al puerto, a ver los barcos, y éramos treinta o cuarenta, todos de la clase de Psicología General. Fue una experiencia preciosa, para ellos y para mí. Pero estando allí, me avisan de la posibilidad de que se crearan unas vacantes en La Plata. Y la primera que había era la Psicología del Niño y de la Adolescencia, y ahí empecé.

¿Cómo se produjo ese primer contacto suyo con La Plata?

A través de Inés Field, personaje clave. Era una intelectual nacida en La Plata, del grupo de Delia Echeverry y de estas mujeres valiosas del Consejo Argentino de Mujeres (que era una institución formidable). Todas eran muy feministas –yo tampoco soy feminista, y ese es otro problema que tengo: que no soy de ningún gremio. [Se ríe]. Estamos en el pos-feminismo. Basta de feminismo. Bueno, Inés Field, luego de hablar conmigo, le escribió estas líneas a Calcagno: «Querido Alfredo: Tengo un regalo para la Universidad de La Plata; el regalo se llama Fernanda Monasterio». Y me fui a la Plata, que ya conocía, porque el día en que había llegado a Argentina, en vez de ir a ver el cadáver de Evita y todas esas cuestiones morbosas (como lo que ahora están haciendo con la pobre Lady Diana), me fui a La Plata en el ferrocarril, a ver el museo de Florentino Ameghino. Me quedé allí todo el día, viendo los milodontes y los gliptodontes, sin saber que luego yo iba a encontrar algunos y me los iba a traer a Madrid...

Entonces, como yo ya conocía la ciudad, con sus tilos y sus calles paralelas, su catedral y su Universidad –era una delicia–, decidí aceptar e ir a ver a Calcagno. Estuve una tarde hablando con él; me dio un té, me mostró un pez que tenía amaestrado (que se le subía a la mano) y dijo: «No la perdemos». «¿Cuánto puede tardar usted en hacer un programa para Psicología del Niño y del Adolescente?». «Pues un día», le respondí. «Pero, ¿para qué clase de alumnos está dirigido?». «Son alumnos de Ciencias de la Educación, de la Facultad de Humanidades, que no tienen base biológica, pero necesitan esos contenidos para la pedagogía». Entonces yo hice mi primer programa pensando en personas sin una base biológica y científica, pero que les sirviera para sus conocimientos. Empecé con la etapa prenatal, de la expectación en relación al niño, y luego todas las etapas (primera infancia, infancia, pre-pubertad, etc.).

Entonces, me enamoré de La Plata. Esto era en el año 56. Pensé, «esto me gusta mucho, pues voy a buscarme una casa». Y conseguí una casita en 62 y 20, que era pequeña; tenía un patio y un limonero. Bueno, estuve allí muy encantada. Me encantó la Universidad, me encantó la tarea, porque vi que allí había un reto, y había materia prima para crear algo.

Lo que había en la Argentina era una base de una educación muy buena, que venía de Sarmiento. Entonces, el desarrollo de las ciencias pedagógicas y el interés por la psicología es anterior; lo que no había era la formalización de las carreras, que casi en ninguna parte del mundo se hicieron antes del final de la Segunda Guerra Mundial. Pero hay que arrancar desde el siglo XIX, pasando por José Ingenieros, por Alfredo Palacios, etc. Pero tomemos la psicología en el mundo, que empezó con Wilhelm Wundt y Edouard Claparède, en Europa. Mucho después vino Henri Piéron, en relación con la Primera Guerra Mundial y la selección de los soldados y la rehabilitación de los inválidos. A continuación, creación de institutos de orientación profesional por todas partes. Antes de haber psicología hubo orientación profesional, que siempre fue algo previo. Mucho antes de pensar en psicología clínica o en psicoanálisis, que no se relacionaban con la psicología, sino con la medicina.

Se había acabado la Segunda Guerra Mundial hacía más de diez años, y se habían creado carreras de psicología en Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, en Rusia, en Suiza, en Italia, en Uruguay y en México (no en España). Pues era el momento de la Argentina. Había el espíritu, el entusiasmo y las ganas de hacer en La Plata una carrera de psicología que fuera la mejor –no por vanidad, sino porque se daban las condiciones. Había tres hombres que fueron la clave de esa carrera, porque todos los demás la atacaron. Por envidia, por ignorancia o por mala fe, pero les cayó muy mal la carrera de psicología, con tanta fama y con esta gallega que hablaba tanto (y es cierto, soy gallega de Galicia). Pero «gallego», en América es muy peyorativo, y se le dice al mozo del almacén, que es un analfabeto. En ese sentido no se me puede llamar gallega, porque es una falta de respeto. Pero esto, realmente, revolucionó La Plata.

Mis clases han sido muy revolucionarias, porque no he sido ortodoxa con nada. Pero he llegado a una psicología muy sistemática y muy académica, porque he venido de Wundt, de Paul Fraise, de Piéron, de Pierre Pichot, de Jean Piaget. A todos me los he estudiado, aprendido, ejercido, profesado y enseñado. A la vez, todo eso lo había aplicado con Germain, que tenía un talento y una intuición enormes (era médico psiquiatra, tampoco era psicólogo). Nosotros creamos a los psicólogos, pero no éramos psicólogos.

Yo quería un acceso al hombre vivo que no sólo fuera –como son ahora los psicólogos y los psicoanalistas– sólo verbal. Para mí, lo peor del psicoanálisis es el diván, es el no mirar la gente a la cara, que no se sabe si se ha dormido, o qué. Me parece horrendo, me parece insultante. Y yo eso lo he dicho en mis clases, con lo cual siem-

pre tuve a todos los psicoanalistas en contra. Porque no he tenido ninguna inhibición, lo que me ha traído problemas de tipo académico y personal. Siendo muy reverente y muy admiradora de la estructura que ha hecho Freud, que es monumental –en su mayoría falsa, pero con aciertos geniales e imperecederos– con intuiciones fantásticas. Pero, a la vez, tenía una serie de mitologías y divagaciones, además de que Freud jamás curó a una sola persona. ¿Sabía Ud. eso? Freud trató a muchísima gente, y no curó ni a uno [sonríe]. No curó a nadie, porque él no entendió en el fondo lo que era el sexo, porque era un puritano, reprimido, judío. Y porque, además, interpretaba pero no llegaba a las personas. Hacía extrapolaciones fantásticas. Lo mejor de Freud –aparte de la teoría de los estratos, la conciencia y el inconsciente, el yo y el ello, que es una intuición fantástica– es que se atrevió a hablar de la sexualidad en una sociedad muy puritana, siendo él mismo un puritano. Claro, vio que había muchos conflictos sexuales dentro de las neurosis y de los problemas humanos, y eso sólo ya alcanza para haberlo inmortalizado.

Pero curar, curar es otra cosa. Es llegar a la autenticidad de la persona sin cambiarla [otra vez sonríe]. Es quitarle la angustia, quitarle el miedo, pero no cambiarle nada. Dejarla. Meterse dentro y no tocar nada. Pero llegar a que la persona –que se siente tan mal y es tan desgraciada, y tiene esa ansiedad y esos terrores– deje de tener miedo. Sólo hay que tener miedo al miedo; a lo demás, a nada. Era un enfoque un poco chocante, porque todo el mundo estaba con departamentos especializados, y yo siempre creí en la unidad del ser humano vivo. De ahí vinieron todas las guerras que yo he tenido, hasta el final, que ya tuve que dejar. Porque a Ud. yo le hago una pregunta: ¿Por qué me fui yo de La Plata?

Es precisamente una de las preguntas que pensaba formularle hoy...

Ah, bueno... Por unas intrigas y unas envidias terribles, y porque yo soy una persona incómoda. Puedo despertar pasiones y adhesiones, y grandes rechazos. Mi personalidad es una personalidad muy inquisitiva, muy inconformista, muy rebelde, muy fuerte –y lo sigo siendo, y ya voy para cerca de ochenta años. En eso no he cambiado nada: cuando llegué allí tenía el pelo rubio, era jovencita y sin arrugas, y ahora soy una señora mayor, con arrugas y canas, pero sigo siendo igual, sigo haciendo lo mismo y, además, no soy de ningún partido. Allí había dos o tres partidos.

Antes de hablar de su partida de La Plata, querría que me contara un poco más sobre su llegada.

En ese momento había ya en Buenos Aires un movimiento muy grande en favor de la carrera de psicología, con el que me puse en relación. Estaban Marcos Victoria,

la Dra. Carolina Tobar García, Telma Reca y, luego, el filósofo Francisco Romero y su hermano, José Luis Romero.⁷ Todos ellos apoyaron y fueron patrocinadores. Y el psicoanalista Ángel Garma, que tenía interés en ayudar, porque él quería ser catedrático de Psicología General (porque no había cátedra de psicoanálisis). Pero en la creación de la carrera de psicología de La Plata, las tres personas decisivas han sido: la clave, Alfredo Calcagno (hasta el final). Desde el primer día (en que me contrató para dar Psicología del Niño y del Adolescente), hasta que él mismo presentó el plan de estudios para que se aprobara la carrera. Luego, Abraham Rosenvasser, que era el decano de la Facultad. Y el Secretario de la Facultad, que era Roberto de Souza, que luego se fue a Estados Unidos. Ahora vive en La Plata. Sabe muchas cosas, pero es un hombre conflictivo. Buscó muchos apoyos.

Me interesaría empezar un poco antes del '58, y que me contara qué pasaba en Buenos Aires con ese movimiento que Ud. mencionaba.

Es que ya había allí un clima que se iba gestando. En Buenos Aires se estaba por crear la carrera de psicología. Pero Ud. no puede hacer sólo una historia fáctica que diga «sucedió...», «se creó...», «en tal fecha...», «en tal año...». Qué circunstancias, qué ambiente había en Buenos Aires y La Plata después de la caída del peronismo. Eso es lo importante, cuando se quiso rehacer la universidad argentina, porque el peronismo fue nefasto (como fueron luego nefastos los militares). Había un entusiasmo por crear, por ponerse al nivel del mundo, por abrirse al extranjero y modernizarse, por crear instrumentos para el trabajo de la psicología, para mejorar la educación. El espíritu era bastante común, porque las inquietudes que tenía yo en La Plata, y que compartía sobre todo Calcagno, eran semejantes a las que tenían en Buenos Aires Carolina Tobar García, Telma Reca, Marcos Victoria y los que estaban en ese grupo. El afán por restablecer la categoría intelectual de las instituciones argentinas, degradadas por el populachismo y la demagogia que representó el peronismo. Era una «salvación intelectual de las instituciones», para volver a darles el prestigio que habían tenido.

Indudablemente, se habían hecho muchas obras de psicología en la Argentina, se habían publicado muchos libros, con la labor de Ingenieros, Ameghino (en antropología). Bueno, era un hervidero de interés, simultáneo y extensivo a lo que

7. Sobre Victoria, Reca y José Luis Romero, ver Dagfal, A. (2009). Sobre Francisco Romero, véase Piñera Llera, H. (1951). Vida y obra de Francisco Romero. *Revista Cubana de Filosofía*, 9 (2), 5-14; sobre Alfredo Calcagno, Dagfal, A. (1996). Alfredo Calcagno: pedagogía científica y psicología experimental. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 2(1/2) 109-123; sobre Garma, Márquez, I. (2005). *El bilbaíno Ángel Garma (1904-1993), fundador del psicoanálisis argentino*. Bilbao: Bilbao Bizkaia Kutxa.

sucedía en Buenos Aires. Lo primero que se creó fue el clima: había espíritu, había ambiente. Entonces, yo aproveché el apoyo de Calcagno, el de Rosenvasser y el del tercer hombre, que era el Dr. Danilo Vucetich, el rector de la Universidad (que tuvo un final terrible, porque la represión lo atacó, y no creo que haya habido un rector más honesto, más científico, más dedicado y más noble señor que él). Pues Vucetich nos apoyó incondicionalmente. Él fue como nuestro padrino moral.

Antes de ese momento, en 1957, cuando todavía era decano Bernardo Canal Feijóo, les encargó a Ud., a Luis María Ravagnan, a Garma, a José Cuatrecasas y a Calcagno la confección de un plan de estudios para el profesorado de psicología. Luego, ustedes terminaron creando una carrera profesional, ¿cómo se dio este pasaje?⁸

Bueno, se estaba hablando de crear algo... Había una predominancia de lo pedagógico sobre lo psicológico, y no se concebía nada que no fuera un profesorado, porque la Facultad de Humanidades era una fábrica de profesores, no de licenciados para carreras aplicadas. Se formaban profesores para el secundario, y esa era la mentalidad que había cuando llegué yo. Y lo que yo enseñé de la psicología del niño y del adolescente era lo que debían saber los profesores, no los licenciados. El espíritu de la pedagogía era lo que predominaba claramente, siguiendo la tradición de la casa. Yo fui quien se rebeló en esa comisión (porque Ud. puede decir que yo siempre he sido una rebelde entrometida, que dice la verdad). Yo no me conformaba, y decía «No, no, no, ¡qué va!». «No vamos a estar aquí explicando para profesores teóricos, que no saben nada y que repiten». «No vamos a enseñarles un programa para que enseñen un programa». «Hagamos una carrera que sirva para una aplicación práctica». Entonces, eso no era un profesorado, era una licenciatura.

Yo perdí batallas, pero gané muchas. La primera, fue que la carrera se abriera como licenciatura (y ya no como profesorado). Ese fue un punto clave. En cambio, la visión de Calcagno, de Ravagnan y de Garma, era todavía la de un profesorado. Ravagnan nunca ejerció la psicología, pero era un magnífico profesor de historia de la psicología. Era un hombre muy lector y muy estudioso (en especial, de la psicología francesa, que enseñaba muy bien). Era filósofo de formación.

Lo que queríamos era una carrera para ejercerla, por eso, las tres ramas eran para ejercer. Todo el mundo prefirió la clínica, pensando dos cosas: que la clínica era los

8. Sobre Canal Feijóo véase Vallejo, P. (2010). *Bernardo Canal Feijóo en la historia del psicoanálisis en la Argentina*. San Miguel de Tucumán: Fac. Psico. UNT.; sobre Ravagnan, Klappenbach, H. (2009). La psicología argentina al promediar el siglo xx: la figura de Luis María Ravagnan. *Memorandum*, 17, 74-87.

más fácil y conocido, y que todo el mundo tenía algún problema personal (ya sabe cuál es el índice de neuroticismo entre los estudiantes de psicología, que es tan alto). El problema es que, tratando de resolver el problema propio, lo que se hace es aumentar el problema de los demás. Se neurotiza más y no desneurotiza a nadie (pero eso no es sólo en La Plata, es en todas partes). Si hubiera sido sólo un profesorado, se podría haber dictado en la Facultad sin generar ningún problema (bastaba con los profesores y la biblioteca). Pero al ser una licenciatura aplicada (con una rama industrial-laboral, una rama clínica y otra pedagógica) teníamos que tener laboratorios y prácticas, y la Facultad no disponía de ellos. Entonces hubo que hacer convenios concertados con el hospital clínico, con la puericultura, con la Facultad de Medicina, con empresas, para que los alumnos hicieran prácticas, cosa que jamás los alumnos de esa Facultad habían hecho (nunca habían ido a los hospitales, ni a las fábricas de Berisso y Ensenada, etc.). Hay que ver que primero iba yo, pedía permiso y daba las gracias, o buscaba influencias (a través del marido de esta o el conocido de aquella). Unos nos mandaron a paseo, otros nos aceptaron, y entonces mandábamos los alumnos en grupos de cinco o de diez, según el caso. De modo que la carrera tenía su actividad académica y práctica en el aula (donde, por ejemplo, podíamos hacer los tests y su valoración, con los mismos alumnos). Y aparte, estaban las prácticas fuera de la Facultad. Para la psicología industrial hemos ido hasta Rosario, e incluso, por toda la provincia de Buenos Aires.

¿Cómo fue la recepción de la comunidad, en general?

Nos recibían muy bien. Los alumnos iban encantados, en dos coches: en un coche iban siete, y en el otro iba el resto. Así aparecíamos como doce o trece, a ver lo que sea: el alto horno, el tren de laminación, las condiciones de los obreros o los sistemas de higiene del trabajo. Todo eso era nuevo para la Facultad de Humanidades, que nunca había tenido prácticas externas incorporadas al currículum.

Quiero volver atrás, al clima que Ud. describía en el '56. ¿Qué papel jugaban los estudiantes?

Los estudiantes fueron decisivos, pero la iniciativa no fue de ellos. Se les planteó algo que les cayó divinamente, como una gran oportunidad, al ver que podían tener unos estudios y un título con los cuales iban a poder desempeñar una actividad profesional en la que no habían pensado. Tenían un interés enorme en que fuera una carrera práctica, aplicada. Los alumnos respondieron a nuestra incitación y reaccionaron, se transformaron en un grupo de presión. Porque inicialmente eran unos niños que

no sabían qué era la psicología. Cuando se les explicó de qué se trataba la licenciatura, ellos dieron su apoyo.

¿Qué rol tenían los alumnos del Instituto de Perfeccionamiento Docente? Figura por ahí en algún archivo de la UNLP, que el expediente de creación de la carrera –que aún hoy es imposible localizar– fue iniciado por una nota presentada por la Asociación de Estudiantes del Instituto, en febrero del ‘58. ¿Qué relación había entre los estudiantes de ese Instituto, que dependía de Ciencias de la Educación, y la carrera de psicología?

Ellos veían que la rama pedagógica de la nueva carrera les podía dar más posibilidades de trabajo y más formación. Aunque fuera un Instituto de «perfeccionamiento docente», la verdad es que era muy teórico. En cambio, nosotros nunca privilegiamos los estudios teóricos. Una de las materias que yo di, Biología Humana –nadie había oído hablar de ella en La Plata– los fascinó. Había un libro de Paul Chauchard, muy famoso, que luego tradujo Eudeba, que adopté como texto.⁹ Ellos veían inmediatamente las posibilidades que podían obtener de la biología humana para el manejo de los alumnos, para el perfeccionamiento docente y para la pedagogía en general. Saber biología humana era, por ejemplo, saber crecimiento. Parámetros y gradientes del crecimiento humano, el desarrollo de la sexualidad, tomado desde la perspectiva de una antropología viva. Y ahí se anotaron todos; es una de las asignaturas que más les ha gustado. Nunca he tenido más entusiasmo en el aula que con Biología Humana. Se veía la sexualidad sin nada morboso, sin nada obsesivo, sin nada pornográfico, pero con un conocimiento asombroso desde el punto de vista de la ontogenia y la filogenia, del desarrollo de la sexualidad normal y anormal del hombre. Esto, para la pedagogía es fantástico, es imprescindible, y nadie les había hablado de nada de eso.

Yo he sido la primera que ha hablado *en serio* en Madrid y en Argentina de sexología. Ya había dado un curso de sexología en Mendoza, di otro en La Plata, y aquí en Madrid ya he dado dos. En La Plata tuve una recepción buenísima, porque yo no tengo la obsesión del erotismo; es una forma tan positiva, tan necesaria, tan sana, tan completa y tan franca de ver la sexualidad humana, que a la gente le ayudó un horror. Debe haber sido alrededor del año ‘59. ¿Ud. sabe lo que es hablar de una sexología que se puede aplicar a los niños de los colegios? ¿El tema de la sexualidad es propiedad de quién? ¿Quién lo debe manejar? ¿Hay un profesional exclusivamente sexólogo, o el psicólogo puede tratar la sexualidad? ¿Es una cosa del médico? ¿O es una cosa de los religiosos, de los pedagogos o de los padres? ¿O es de las mafias de la pornografía y de los *sex-shops*?

9. Chauchard, P. (1961). Compendio de Biología Humana. Buenos Aires: Eudeba.

En la distribución de los conocimientos, el tema sexual ¿a quién pertenece? El psicólogo tiene una especie de complejo de inferioridad, de creer que si maneja el sexo lo van a llamar morboso o pederasta, y le da miedo. No se atreve jamás a desnudar a un niño, porque es un profesional muy inhibido. No sólo hablamos de los temas de la carrera, sino de lo que yo llamo «puesta en psicólogo», que implica una actitud que el psicólogo debe tener en relación con sus propias atribuciones. Si Ud. va a un médico y le dice «me duele el ombligo», lo primero que le contesta es «desnúdese», y no tiene miedo de lo que le vayan a decir, porque está en el uso de su derecho profesional. El psicólogo no se atreve con el ser humano. Esta es otra cosa que a mí me ocasionó varios problemas, porque hay gente muy mal pensada, que tergiversó todo. Aquí en Madrid di un curso de sexología, y me vinieron a ver del Obispado para ver si quería dar un curso de sexología para monjas. Les dije «miren que es muy crudo». «Sí, pues eso es lo que queremos saber, porque todo lo que sabemos es que es pecado (o una aberración), pero lo que es normal y aceptable no lo conocemos». Y luego me llamaron de Roma para felicitar me, y terminé dando un curso para madres superiores de conventos de monjas y de novicias, que no tenían ni idea...

Volviendo a la cuestión institucional, antes de la creación de la carrera Ud. ya dirigía el Instituto de Psicología...

Sí. Lo primero que hice, en la carrera de ciencias de la educación, fue dictar Psicología del Niño y del Adolescente. Después se creó la cátedra de Psicología General, que se llamó a concurso de oposición y antecedentes. Yo me presenté y Ángel Garma también.

Eso fue en 1958; pero lo del Instituto es previo...

Sí. Se estaba preparando la ampliación del Departamento de Ciencias de la Educación, porque se tenía la impresión de que el Instituto de Perfeccionamiento Docente no alcanzaba. Había todo un movimiento de opinión que proponía aumentar la cantidad de materias de psicología (ya la carrera se había creado en Buenos Aires). También se pensó en ampliar las temáticas en otras áreas (no sólo en Psicología). Creo que en Filosofía se hicieron algunas reformas (en Ética y Estética). En otras palabras, se amplió el programa de toda la Facultad. El posperonismo implicó toda una renovación, con la aparición de nuevas materias. Al crearse la cátedra de Psicología General, me la encargaron a mí. Entonces, ya había dos materias: Psicología del Niño y del Adolescente y Psicología General (con dos adjuntos y algunos ayudantes alumnos). De modo que, a partir de esas dos cátedras, se puso en funcionamiento el Instituto de Psicología. De las dos, yo no era catedrática de ninguna, era contratada-designada.

Después de crearse el Instituto, el paso siguiente fue el llamado a concurso de la cátedra de Psicología General, en el año 1958.

Pero el Instituto de Psicología, ¿no lo había creado el profesor González Ríos en 1954?

Sí, es cierto. El Instituto ya existía, pero no tenía entidad. Yo le di existencia real, pensando en la ampliación de los estudios de psicología (que todavía no se sabía si iban a ser de profesorado o de licenciatura). Eso me lo encargó Canal Feijóo. Estaba muy ilusionado conmigo y se portó muy bien. Dijo, «bueno, podemos hacer un instituto, ya que está este que existe en los papeles». Pero él siempre pensaba en un profesorado. El Instituto funcionó como antecedente de la carrera que, finalmente, no fue un profesorado.

Cuando se presentan los proyectos ante la Facultad, hay una fundamentación presentada por Calcagno y otra presentada por Ud. ¿Qué pasó en el camino con Garma, Cuatrecasas y Ravagnan, que teóricamente formaban parte de esa misma comisión.

A todo el mundo le encargaron que hiciera un proyecto. Y sólo hicimos dos. Es lo que pasa siempre: «Ah, no tuve tiempo», «no lo hice» y cosas por el estilo. Los únicos que nos movimos fuimos Calcagno y yo. No es que ellos se hayan retirado, sino que nos dejaron la psicología en las manos. Pero estaban de acuerdo: «hacedlo vosotros», nos habían dicho. Garma es el que menos venía, porque decía que tenía muchos pacientes y llegaba tarde con su coche. No es que yo hubiera llegado allí queriendo quedarme con todo, pero nos dejaron todo el trabajo, porque nadie hacía nada. Siempre hay uno que es el que hace las cosas, y otro que es el que pone las excusas. Yo no pedí ni «forcé» que me nombraran a cargo del Instituto de Psicología. Es que no había nadie para eso, porque Ravagnan y Garma vivían en Buenos Aires y tenían allí otros trabajos. Ravagnan daba clases en la UBA (y yo también, durante algún tiempo, porque me invitó Marcos Victoria a dar Psicología General, tres veces por semana en la calle Perú). A todo esto, hasta que me nombraron *full-time* en La Plata, yo seguí siendo profesora de Psicología General en Bahía Blanca, y me dio un estrés que me tuvieron que internar, porque creyeron que era un infarto (aunque después de eso he subido a cuatro mil metros de altura, por lo que no debe haber sido un infarto). Daba clase en La Plata, en Bahía Blanca y en Buenos Aires, y dormía en los viajes del Ferrocarril Roca, sin siquiera quitarme los zapatos. Hasta que renuncié en Bahía Blanca, estaba dando cuatro cátedras: tres de psicología general y una sobre niñez y adolescencia.

Antes del concurso entre Ud. y Garma, hay un par de programas que aparecen como dictados por Garma (como titular) y Ravagnan (como adjunto). ¿Qué materia era esa?

Psicología I y Psicología II, que eran también para ciencias de la educación, para el profesorado de pedagogía. Él quería Psicología General, pero para convertirla en Psicoanálisis. Cuando fue el concurso, hubo una trunca terrible (fue horroroso y dramático). Él quería tener esa cátedra para su currículum, para la Escuela Psicoanalítica de Buenos Aires. Quería llevar el psicoanálisis a la Universidad, que es un caballo de batalla con el cual siguen... Bueno, en La Plata ya lo han conseguido, pero no en todo el mundo está el psicoanálisis dentro de la universidad. Está en escuelas psicoanalíticas, o en grupos de las sociedades psicoanalíticas internacionales, o en instituciones parauniversitarias. No lo consiguió Freud y no lo consiguieron en esa época en La Plata. Él tenía muchos apoyos políticos, y yo no tenía ninguno, pero quería dar Psicología General (pensando en Piéron, en Wundt, en Piaget, y no en Freud, Adler o Jung). Había que saber percepción, motricidad y cenestesias, y tener conocimientos de la maduración de la personalidad, que fue el tema que salió sorteado. Fue una situación atroz; Garma era muy amigo mío, hasta esa tarde. Se jugaba mucho y, además, era el candidato de muchas fuerzas políticas; pero yo era el candidato de los estudiantes, de algunos profesores y, bueno, de Calcagno, por supuesto.

Cuando dice que él era «candidato de muchas fuerzas políticas», ¿a qué se refiere?

A los republicanos españoles. Por eso es tan ridículo que Mirta Videla se equivoque y escriba «la roja profesora mía». ¿Pero de dónde saca esta mujer semejante cosa si yo soy anticomunista furibunda, como antifascista furibunda. Soy una persona absolutamente antipolítica. Soy liberal y democrática, y con eso me basta y me sobra. Cuando ella dice eso, es un grave error histórico, que incluso me puede perjudicar. Bueno, Garma estaba con los republicanos, y además lo apoyaban las fuerzas de la masonería. Cuatrecasas estaba con esos dos grupos, pero era tan honesto que decía, «para la cátedra es mejor Fernanda». Era el hombre más encantador que pueda uno imaginar. Decía «A Garma lo único que le interesa son los pacientes y la Asociación Psicoanalítica, pero no ir a La Plata a dar clase sobre el tono muscular». Pero él no intervino, porque el tribunal estaba conformado por Telma Reca, Calcagno y Marcos Victoria. Ellos eran más bien progresistas, pero no eran de ningún grupo de presión. Calcagno era un perro viejo de todas las disputas políticas de La Plata, pero él estuvo completamente imparcial.

Por eso fue tan grave para Garma; fue el disgusto de su vida. Era un hombre muy inteligente y muy valioso en el psicoanálisis. Pero se equivocó: no era un profesor de psicología general. Si la cátedra hubiera sido Teorías Psicoanalíticas a mí ni se me ocurría presentarme, porque yo no soy psicoanalista. Él creyó que podía, que el nombre de la materia daba igual, porque del programa luego iba a poder explicar lo que quisiera. Por eso es que cuando a mí me tocó definir los contenidos mínimos del plan de estudios puse los temas de manera muy obsesiva, porque los profesores, con un enunciado poco claro, después pueden meter todas las mulas que quieran y explicar lo que les dé la gana. Yo en eso fui muy celosa, porque quería una carrera científico-experimental aplicada, y no una carrera psicoanalítica dedicada a otra cosa. Garma no lo superó; para él fue un trauma horrible. Nunca volvió a dirigirme la palabra ni a pisar la Facultad. Una vez me lo encontré en Mar del Plata, en la playa. Estaba nadando por el mar, con oleaje muy batido, y me lo encuentro a Garma nadando por enfrente [riéndose]. ¡Creo que casi se ahoga al verme! Dio media vuelta y huyó, y no lo volví a ver más. Sé que fue duro para él, y la verdad es que lo siento, porque es de las personas a las que les he hecho daño sin querer. Me apena porque no soy maligna, ni me gusta pisar a nadie, pero no era esa su materia. ¡Había unas apuestas de cien a uno a favor de él!

En ese momento, ¿qué inserción tenía el psicoanálisis en la cultura platense? Porque en Buenos Aires ya estaba bastante arraigado...

En la cultura platense, ninguna. La gente de La Plata no era psicoanalítica, ni sabía nada del tema, hasta que llegaron algunos profesores como Mauricio Knobel y Edgardo Rolla –que eran psicoanalistas, pero no fueron a explicar psicoanálisis, porque Rolla fue a explicar neurobiología. Yo le dije «aquí no metas psicoanálisis, sino el cerebelo, y el bulbo raquídeo». «Allí tienes los preparados de la época de Christofredo Jakob para que lles a la clase».

¿Y Rolla le hizo caso?

A medias, porque Rolla es «así-así», y Knobel también. Oficialmente, ellos daban lo que decía el programita; a eso sí se han atenido.

Hay una cosa muy importante que yo quiero que Ud. ponga, si es que va a escribir la historia. Esta carrera tenía muchas intenciones; era muy ambiciosa: quería formar profesionales aplicados. Éramos muy conscientes de que no se podía hacer allí investigación científica, porque no había medios, ni laboratorios, ni presupuesto, ni personas. Pero dentro de la psicología aplicada se podía hacer una obra pedagógica y humana para la sociedad, que reclamaba psicología en varios terrenos. Entonces hi-

timos el mejor programa que pudimos, con los mejores profesores que encontramos. Dentro de lo que había, hemos dado vueltas y hemos pagado lo que no teníamos por llevar lo mejor (para el Psicodiagnóstico y el Rorschach, a Juan Carlos Pizarro, que era un experto; para historia, Ravagnan, que era un experto; Nuria Cortada para Psicometría; Selva Ucha para técnicas de Psicología Laboral; Nicolás Tavella, para Psicomatemática). El plantel era el mejor posible.

Queríamos algo que fuera muy práctico, por eso las tres ramas. La rama laboral era mi preferida. Pero confieso que no la pude hacer, porque no había ambiente. Para mí, la orientación profesional (la orientación escolar, la reorientación y la segunda orientación) sigue siendo un tema pendiente en la psicología. Y los países que lo han hecho muy bien son los más avanzados en este terreno, sobre todo EEUU, Suiza, Rusia e Israel.

En ese sentido, ¿qué relación tuvo la carrera con la Dirección de Psicología Educativa y Orientación Profesional?

Ni mala ni buena; digamos que nula, porque estaba en manos de unas personas inservibles. Recuerdo que fui a hablar con unas personas que no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Vi que no había posibilidad de conexión. Pero por ejemplo, hay una cosa que Ud. no puede omitir: primero, que nosotros nos movimos muchísimo para implementar las prácticas de los alumnos. Segundo, que yo misma hice la orientación profesional de cada uno de mis alumnos. Yo les hice a todos una batería de tests y una entrevista, les confirmé sus capacidades y los aconsejé y los orienté. Algunos me salieron brillantes; el que mejor me salió, de todas esas orientaciones, fue Aldo Schlemenson, que es un doctor, profesor de psicología social, autor de muchos libros, y uno de los mejores egresados de la carrera de psicología de La Plata. Yo diría que actualmente es el más brillante. Él fue el primero al que entrevistamos, y esas fichas deben estar todas por ahí. La orientación profesional se les hizo por dos motivos: para reafirmar su vocación, su dedicación a estos estudios, y que ellos vieran a su vez cómo se hacía una orientación profesional (qué tests se tomaban, qué baterías, qué pruebas y qué modelo de entrevista).

Por otra parte, fuimos a todos los congresos que había, y nosotros hicimos nuestro propio congreso, que fue el congreso de la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP) en Mar del Plata, en 1963. En 1961 yo había estado en el congreso de la SIP en México, y allí me encargaron que organizara el próximo. Es que yo los conocía a todos, porque era miembro de la Sociedad Argentina de Psicología, y además, en La Plata fundamos una Sociedad de Psicología de La Plata, que cuando me marche ya nadie se ocupó de ella. Entonces, por medio de las sociedades, yo conocía a casi todos los psicólogos del continente, porque ya había estado en muchos

sitios. Antes de ir a México acababa de estar en Uruguay; la carrera tenía ya mucha fama, mucho auge, mucha difusión. Estaba muy prestigiada, que no lo está ahora, por desgracia, lo que me da una pena enorme. No sólo que era muy viva, vital y pujante, sino que se prestigió de entrada, pegando como un caballo desbocado. Fuimos a un Congreso de Medicina del Trabajo (en Córdoba), fuimos al Uruguay, fuimos a México. Pero casi nunca iba sola, íbamos dos o tres, nombrados por el decano. Entonces, en México, yo presenté mi comunicación, que gustó un horror. Yo no llevaba ninguna candidatura, ni esperaba que se fijaran en mi trabajo, pero aún así me encargaron la organización del próximo congreso. El Ministerio nos dio una pequeña ayuda económica y, finalmente, en el '63 se vinieron aquí todos los psicólogos de toda América. Organizamos el congreso sin tener experiencia, con la ayuda de los alumnos, que fueron los que más trabajaron. Salió maravilloso ese octavo congreso de la SIP, del cual yo fui presidente. Entonces el decano era Enrique Barba, que no era nada favorable a nosotros todo lo contrario. Era un cacique del Partido Radical.

¿Por qué se hizo en Mar del Plata y no en La Plata?

No había infraestructura hotelera ni turística. Porque a la gente hay que darle una excursión al puerto, hay que llevarla a la playa. Yo luego he hecho otros congresos, porque mi carrera no se terminó cuando me fui de La Plata. He hecho dos o tres cosas más (y no me refiero a mi trabajo cotidiano). Hay una Sociedad Española de Médicos Escritores, que es una sociedad de cultura de la cual han sido miembros Maraón, Pío Baroja, etc., y yo he sido presidente durante dieciséis años. Acabo de renunciar. Estaba hundida y la he dejado boyante. Bueno, como esa sociedad, que es también internacional, hemos estado en París, en Marruecos, en Suiza, en Italia. O sea que la experiencia de organizar congresos ya la he hecho, y no quiero organizar más congresos, pero el de Mar del Plata salió muy bien...

Lamentablemente no se conservan ni las actas de ese congreso...

Qué pena. Hubo peleas entre distintas facciones. De los norteamericanos vino Harold Anderson, de Chicago, que era uno de los mejores en psicología del niño. Vinieron a Mar del Plata personas de Canadá, de Nueva York, de Boston, de la Universidad de Harvard. Vinieron los sudamericanos, de Río de Janeiro, de Santos, de Perú, de Chile. Eran como cien; una cosa enorme. Como la sede (el Hotel Provincial) se prestaba, con un salón de actos gigantesco –bueno, la megalomanía peronista, que construyó ese hotel en tren de presumir de la riqueza del país–, con un estrado en el que cabían cuarenta personas, y quinientas personas en el salón.

A nivel teórico, ¿cuáles eran las facciones en pugna?

Los grupos más conservadores, de la psicología evolutiva, contra los psicoanalistas. Ya hubo allí fricciones muy grandes en ese sentido. Por lo demás, hubo aportaciones, y en psicología del trabajo, por ejemplo, hubo cosas muy interesantes. Había gente de la Fundación Getulio Vargas (Francisco Campos y Francisco del Olmo). Getulio Vargas fue un dictador del Brasil –cosa que Ud. debe saber mejor que yo–, como Perón, pero mucho menos siniestro y absolutista. Pero hizo esta fundación cultural, que es magnífica, que sigue aún hoy, después de su muerte. Es como el Consejo Superior de la Cultura, que patrocina todo, y apoya la investigación en distintos campos. Bueno, nosotros nos dirigimos a ellos, y mandaron varios representantes. Ese congreso fue de una gran resonancia.

La carrera de psicología, en los cinco años en que yo estuve (porque yo me vine en el '66, después de renunciar), en esos años se hizo toda la carrera, con las ramas, las bases y una proyección continental.

Ud. dice que había psicoanalistas en el congreso, ¿en esa época estaban insertos en el campo académico universitario?

Estaban dentro, tratando de colocarse. Vinieron algunos, como Pichon-Rivière y Marie Langer, aunque no eran de psicología, pero eran de la Asociación Psicoanalítica (también invitamos a la Facultad de Medicina). Vinieron así, como a hacer infiltración. Hubo discusiones enormes, pero trascendentes. Después de ese congreso, organizamos unas jornadas en la Universidad del Noroeste; no parábamos de organizar cosas. Creo que es una cosa que se ha perdido, porque en la carrera ya no se deben hacer más congresos (ni nacionales, ni internacionales, ni nada).

En 1959 se hicieron algunas reuniones en el CONICET con los directivos de las carreras, donde estaban presentes Enrique Butelman, Telma Reca, Jaime Berenstein y Plácido Horas, además de Ud. Allí se acordó sobre perfiles diferenciales para las especializaciones de posgrado para cada carrera (por ejemplo, Buenos Aires se tenía que dedicar a la psicología clínica y social, Córdoba a la psicología industrial, Rosario a la psicometría y San Luis a la psicopedagogía).

Se hizo una cosa realista y se dijo «no podemos tener todas todas las especialidades». Entonces, se decidió repartirlas entre todas las carreras, porque no había profesores para tener tres ramas en cada ciudad, en cada universidad. Los profesores de La Plata podían a la vez dar clase en Buenos Aires (como Butelman y Gino Germani), pero los profesores de Cuyo tenían que ser sólo de allí. Entonces se acordó que había que autolimitarse a

una sola rama. Hubo tres o cuatro reuniones en las que se llegó a un consenso evidente: podía haber alumnos suficientes, pero no se podían inventar los profesores, porque aún no se había recibido la primera promoción de psicólogos argentinos. ¿Cómo íbamos a pensar que los recién graduados iban a poder ser profesores? Tampoco había recursos para contratar más profesores extranjeros. Después de la Segunda Guerra Mundial, toda América había estado contratando profesores extranjeros (que huían del comunismo, del franquismo, de la miseria de la Europa de posguerra).

Eso fue una gran suerte, porque se pudo incorporar gente valiosísima en todos los campos. Era un momento de brazos abiertos y de inmigración, pero eso se acabó. El país no tenía dinero para contratos, para traerse un señor de Berlín, o de Milán, o de Barcelona o de Londres, y los profesores que teníamos ya estaban todos ocupados. Pongamos por ejemplo a Gino Germani, excelente profesor de psicología social, que ya daba clases en Buenos Aires y en La Plata. Cuando le dieron el cargo *full-time* en Buenos Aires dejó La Plata. Bueno, entonces teníamos que contratar a otro, y nos encontrábamos con que no había otro profesor de psicología social. Ese fue uno de los problemas: no había cuerpo docente. Al principio, cuando se abrió la carrera, fue muy fácil armar el cuerpo docente para primer año, pero para el segundo fue muy difícil, porque ya estaban todos. La materia prima se había acabado: ya no había más exiliados ni emigrantes de lujo que quisieran ir a dar clase. Ya se iban a otros lados, donde les pagaban más; ya la gente prefería irse a Estados Unidos (o se quedaba en Europa, porque Europa se estaba rehaciendo).

Yo fui a América y me volví de América, y ninguna de las dos cosas fue por motivos políticos. Fue por motivos profesionales. Yo quería hacer medicina y psicología, y aquí se podía hacer muy mal, porque los psicólogos estaban todos fuera. Entonces me tuve que ir a América. Luego, a la vuelta, ya empieza a haber psicólogos aquí en España. A partir de los '70, ya las condiciones habían variado mucho. Ya Europa estaba mejor que Sudamérica, porque la política de allí estaba peor (con los Tupamaros, el gobierno militar, el neoperonismo de segunda edición –y ahora tenemos la tercera, con este horrible señor Menem–, la inestabilidad...). Entonces, los países que antes estaban muy bien, ahora estaban muy mal, y el flujo migratorio de la guerra y la posguerra cambió de sentido.

Volviendo a esa reunión del CONICET, ¿recuerda cuál era el perfil elegido para La Plata?

Clínica y pedagógica. Yo cedí la laboral, que era mi favorita. Investigación científica no, porque nunca hemos tenido infraestructura para ese tipo de investigación. Era la investigación en psicología experimental, que es otra cosa, y por eso teníamos esos aparatos, que ya los habrán tirado. Era por realismo; simplemente había que resignarse a lo que había. En eso, La Plata podría haber hecho obra, pero perdió el

tren; perdió el alma, perdió el espíritu. Los chicos estaban muy poco motivados para eso, todos querían ganar dinero pronto, pero estaban mal preparados y los puestos de trabajo eran ínfimos. Pobres, no les culpo yo a mis ex-alumnos; se dedicaron a lo que pudieron, para poder comer, vivir o casarse. Tampoco tuvieron por detrás a nadie que los apoyara (un factor de ayuda y de lucha, que mientras estuve yo, fui yo). En el asiento del Departamento de Psicología se sentaron Ravagnan y Pizarro, pero a mí no me sustituyó nadie. Y esto no es una frase dramática y grandilocuente, porque yo vivía volcada para eso, he luchado para eso, y tenía un espíritu y tenía unas ambiciones para la carrera –*nuestra* carrera– de La Plata. A ellos les importaba un cuerno La Plata, porque eran porteños y no platenses.

Yo me hice platense, entré en el espíritu de La Plata. He sido platense. Tengo orgullo de haber sido argentina y platense (porque he estado en Cuyo y en Buenos Aires, pero no soy cuyana ni porteña). Me metí en el espíritu de Calcagno, de Víctor Mercante, de Rodolfo Senet, de los fundadores. Yo andaba siempre a pie, por la calle, y vivía la ciudad e iba a *mi* universidad. Cuando me fui yo, los alumnos perdieron el motor: el espíritu, la ambición, la fe y las ganas de luchar. ¿Qué puede decir un señor Pizarro, que va, está dos o tres horas como Jefe de Departamento, toma café, da la clase y se vuelve a Buenos Aires? O Ravagnan, un señor sin carácter, bellísima persona, pero muy tímido y muy poco peleador. Bueno, pues tampoco servía, y claro, entonces se quedaron huérfanos. La verdad es que se quedó huérfana la carrera.

A mí me hicieron la vida imposible para que me fuera, porque no me integré en los grupos políticos. Yo era partidaria de una psicología libre, y aquí venía una psicología dogmática. Quería que los psicólogos de La Plata también fueran libres y antidogmáticos –la mayoría lo han sido–, pero solos no pudieron seguir con la carrera adelante.

¿Cuál fue la gota que colmó el vaso?

Nunca es una gota, sino que hay una acumulación [el cansancio se le nota en la voz, luego de más de tres horas de charla]. El cambio de decano, la falta de apoyo, la retirada de Calcagno, que se fue a París, a la UNESCO; bueno, muchas cosas que se juntaron. Se dio una politización en la que yo no pude entrar, no quise entrar. A lo mejor, si me metía en política, ganaba una candidatura y pasaba a ser decano, quién sabe.

Me pusieron las cosas tan incómodas... Aunque pidiera un trapo de piso, me decían que no. O el decano no me contestaba las cartas. Y hubo una situación clave: había una propuesta de nombrarme Profesora Extraordinaria. Ahí empezó todo. Entonces, en una reunión del Consejo Académico se trató eso, y votaron ocho en contra, dos a favor y otros dos se callaron. En ese momento yo consideré que era persona no grata en esa casa de estudios. Enseguida me fui a vivir a Buenos Aires (la casa que tenía alquilada la devolví). Me quedé con la cátedra hasta terminar el programa (porque

esto había sucedido a principios del curso), así que viajaba tres veces por semana para dar clase de psicología general. El día que terminó el curso, examiné, hice el acta y di-mití. Y ya no volví. Pero no guardo rencor. Ya ni me acuerdo de todos los que votaron en contra. Sé que a favor votó José María Lunazzi, porque Calcagno no estaba. Sé que algunos de los que yo misma había nombrado votaron en contra. Buscados por mí y nombrados por mí. Fue una cosa a lo Julio César: los que yo más había ayudado votaron en contra. Pero esas son envidias y mezquindades humanas, cosas que no tienen importancia. Pero, por otro lado, me hicieron el favor del siglo, porque yo no terminé mi vida en La Plata. A lo mejor, si yo me quedaba en Argentina, también a mi me habrían matado. Como no me callo, quizás a mí también me habrían hecho desaparecer. Pero providencialmente me vine, y al poco tiempo, aquello fue tierra calcinada. Sé lo que les hicieron a mis amigos más liberales: Delia Echeverry y Danilo Vucetich.

¿Qué hacía Ud. en Buenos Aires después de irse de La Plata?

Pues iba a las sociedades académicas. Y trabajaba en mi casa, ya que de pronto perdí mi cargo *full-time* y mi sueldo como Jefe del Departamento y Directora del Instituto. Hacía orientación profesional a personas conocidas mías (¡que tenía cientos, vamos!). Muchísimos chicos, algunos de los cuales ocupan ahora cargos importantes y todavía me escriben. Ud. no se puede imaginar la cantidad de postales que yo recibo para las fiestas, de gente agradecida que he conocido a lo largo de mi vida.

Si tuviera que mencionar a tres interlocutores que Ud. tenía en Argentina...

Delia Echeverry, como número uno, sin la menor duda. Pues fijese que el resto no serían ni siquiera psicólogos: sería el filósofo Francisco Romero (del que fui muy amiga), y no se me ocurre el tercero. Bueno, Cuatrecasas.¹⁰ Era honesto y correcto; aunque estaba afiliado a algunas cosas, pero no era fanático. Tenía un cargo simbólico: era representante de la *Generalitat de Catalunya* en la Argentina.

Ud. mencionó alguna vez a Delia Echeverry como una de las personas que habían sido fundamentales para la apertura de la carrera. ¿Cuál fue su papel?

Delia Echeverry era una educadora del viejo estilo; una mujer idealista y muy valiente (que fue muy perseguida también). ¡Fue un apoyo tan enorme a todas las

10. Sobre Cuatrecasas, ver Kurowski M. (2001). *La obra psicológica de Juan Cuatrecasas Arumí (1899-1990)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

iniciativas! Era una institución, un mito. Desde el primer día en que la conocí y hasta el último día (en que vino a Madrid, a esta casa, invitada por mí). Poco antes de morir, de agradecimiento, le pagué un viaje a España, y estuvo aquí un mes. Fue uno de los pilares morales más importantes que tuvimos. Vucetich, como rector de la Universidad, y Delia Echeverry, dentro de los ámbitos pedagógicos (ella era tan prestigiosa como lo habían sido Mercante y Calcagno). Lo que ha hecho por los jóvenes argentinos... Estuvo muy vinculada a Arnaldo Orfila Reynal y al Fondo de Cultura Económica (fue representante del Fondo en la Argentina después de que la echaron de la Universidad). Pero claro, era muy incómoda y fue silenciada. Escribió varios libros (sobre psicología del adolescente, la «Escuela Nueva», etc.). Hoy nadie nombra sus libros. Ha sido tan poco valorada; tendría que haber una estatua, una calle o una plaza con su nombre. Creo que ha sido ignorada y olvidada, y sin embargo es una de las figuras de mayor relieve que ha dado La Plata.

Si Ud. tuviera que pintar a grandes trazos el panorama de la psicología de aquella época, ¿cuál diría que era la matriz teórica predominante?

Básicamente, la psicología francesa de Piéron y de Fraisse, y la suiza de Piaget. Son las que más influencia han tenido, con el agregado de Hans Eysenck, con relación a la personalidad. Es decir que lo importante eran a la vez la conducta y la personalidad, pero también la evolución; los tres, como un trípode. La evolución de todo (física, psíquica y afectiva). La conducta (las reacciones y la capacidad de adaptación a la realidad), y la personalidad, como el protagonismo de todas esas conductas y de toda esa maduración. Esa sería la síntesis final, donde nos encontramos con Piéron, Fraisse y Bärbel Inhelder, pero también con Bruno Gemelli, Eysenck y Piaget (además de todo el grupo norteamericano, que son tantos que no se pueden nombrar). En mi época, yo no estaba por la psicología del desarrollo de Arnold Gesell y de Karl Bühler, porque eran anteriores a mi formación (aunque los he estudiado y no se puede negar que fueron fundamentales). Pero para mi época ya la personalidad era algo mucho más dinámico, más vivo y activo. La psicología norteamericana tenía más bien un papel informativo, porque hace tiempo que había pasado el auge de John Watson. Nosotros llegamos después del conductismo americano y ruso, y de la *Gestalt*, pero también los estudiamos muy bien allí en La Plata, aunque como referencia bibliográfica a superar. Claro que cada profesor tenía sus preferencias.

Yo llegué a La Plata en el '56 y me fui en el '64. O sea que, en total, estuve en La Plata ocho años; pero en América he estado cerca de quince. Esa fue una etapa importantísima de mi vida, pero una etapa. En el año '67 me vine a Madrid y, casi inmediatamente, creé otra carrera de psicología. Era una especialización en psicología.

gía evolutiva, en el Instituto Internacional de Boston (que tenía una base extranjera pero una tradición española, porque ese Instituto llevaba aquí ya cien años). Estaba destinado a la educación superior de los jóvenes en países fuera de Estados Unidos, sostenido por esas fundaciones que tienen los americanos, cuyo origen era Boston. El programa de esa carrera de psicología sirvió de base para las carreras de psicología que se crearon en España. A su vez estaba basado en el programa que habíamos hecho en La Plata. De modo que el programa de la Universidad Nacional de La Plata terminó sirviendo de modelo para las licenciaturas que aquí se crearon en la Universidad Complutense, en la Autónoma y en la de Barcelona.¹¹ Y además –otra vez con Germain, que todavía estaba– creamos un Departamento de Psicología Clínica, en el Instituto Nacional de Psicología General y Aplicada (allí seguimos hasta que nos jubilamos juntos). También revitalicé la Sociedad Española –que estaba muerta– con otras dos personas de la Sociedad de Médicos Escritores y Artistas, de la cual soy ahora presidente de honor.

Cuando se abrieron las carreras, yo misma cerré la especialización en psicología evolutiva, porque al haber licenciaturas ya no había necesidad de tener otra carrera de tipo semi-privado. No quise ingresar en la universidad española del régimen de Franco, porque debería haberme hecho franquista en el año '69, y no me daba la gana jurar «por los principios del Movimiento Nacional». ¡Si me habían echado por no ser peronista, no me iba a hacer franquista a esa altura de mi vida! Entonces me puse a hacer psicología aplicada, psicología clínica. Investigación psicológica clínica, aquí donde está Ud. sentado. Sigo trabajando *full-time*, que no doy a basto, como nunca. Tengo tres o cuatro líneas de investigación, de las que se pueden hacer aquí: sobre la prevención del Alzheimer, la higiene mental de la vejez, la longevidad de los oligofrénicos y la maduración sexual de los varones, que es otro tema que ha sido escotomizado completamente. Ahora estoy escribiendo cosas, ordenando el pasado y trabajando el presente.

Artículo recibido: 27-10-11

Artículo aceptado: 01-12-11

11. Esta hipótesis de Monasterio (según la cual el programa de la licenciatura de la UNLP habría servido de modelo al del Instituto Internacional de Boston, que a su vez haría servido de base para las carreras de psicología que se crearon en España) parece un tanto aventurada. En todo caso, aún no ha sido confirmada por investigaciones de historiadores españoles.

